

# EL ASUNTO DE LA DAMA FALSA

Juan Antonio Ramírez

(Para Jack Moffitt  
y para Pilar Vázquez, obviamente)

## *Nota preliminar*

Este cuento tiene su propia historia, llena de incidencias. Lo escribí en 1986, poco después de que el profesor John F. Moffitt impartiera unas conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM. Yo había tenido noticias de su libro sobre la *Dama de Elche* unos años antes, e hice incluso algunas gestiones para que lo publicase en español la Universidad de Málaga, donde enseñé un par de años. También escribí un pequeño informe, a requerimiento del autor, para recabar el patrocinio de una reticente institución americana. Fue entonces cuando me di cuenta de las ampollas que levantaba la simple idea de que la famosa escultura ibérica pudiera ser una falsificación de finales del siglo XIX. No hacía falta leer el libro: nadie quería saber nada del asunto. Dadas las circunstancias, pareció providencial encontrar a un editor independiente como Antonio Huerga, de Ediciones Libertarias, que hizo un contrato al autor para publicar en España su atrevida obra.

Así estaban las cosas cuando redacté «El asunto de la dama falsa», una broma privada que mandé a Moffitt como parte de nuestro extravagante intercambio epistolar. ¿Cómo iba yo a sospechar que el contrato con Libertarias llegaría a ser papel mojado y que habrían de pasar nueve años más (¡nueve!) antes de que apareciera impresa la obra en cuestión? Pero el libro ya está en la calle. Leo la portada: John F. Moffitt, *Art Forgery. The Case of the Lady of Elche*. Lo ha publicado la University Press of Florida en 1994 (pero me llega en febrero de 1995), tiene 324 páginas, y lleva como prólogo la traducción inglesa de aquel informe que escribí hace más de una década. Todo esto me pone un poco melancólico. No es sólo por la constatación de los brutales estragos del tiempo, o del poder omnímodo del azar, sino porque las pasiones son otras. Los personajes de mi cuento pertenecen al pasado: se nota que coleaba «la movida», y no andaba tan lejano el susto espantoso del 23-F. Reconozco haber simpatizado mucho entonces con la idea de que la Dama fuera falsa, pero ahora soy algo más escéptico, o indiferente. ¿De verdad hemos de trasladar esta obra desde el Museo Arqueológico al Reina Sofía?

El asunto es importante, obviamente, y el libro del profesor Moffitt debiera, por fin, traducirse y discutirse entre nosotros como merece. Yo cumplo con mi parte al dar a conocer esta conjurilla de la España postfranquista. Y ojalá pueda convencerme completamente de que mi cuento era sólo una inocente fantasía.

14 de febrero de 1995

---

La Balsa de la Medusa, 35, 1995.

Supongo que debería empezar mi historia hablando del Museo Arqueológico, pero no lo voy a hacer. La verdad es que el asunto empezó en otro lugar. Yo había quedado con Antonio Huelma para ir al cine y luego tomarnos unas copas por ahí. Después me propuso que fuéramos a su apartamento y, bueno, ¿por qué no? La verdad es que Antonio llevaba una buena temporada tratando de llevarme a la cama. Aunque no era el hombre de mi vida pensé que, total, menos da una piedra, y me dejé llevar. Lo de la piedra, lo juro, no va con segundas. Ya veréis por qué lo digo. La casa era vieja y tuvimos que subir cuatro pisos con peldaños de madera muy desgastados. La luz debilucha de la escalera hacía que destacase mucho más la intensa raya luminosa procedente del quicio de una puerta. Antonio se paró en seco.

—Qué raro —dijo—, no suelo dejarme las luces encendidas, ¿habrá alguien ahí dentro?

—¡Oye! —repliqué yo—. No estará tu mujer, ¿verdad?

—Sabes que me divorcié hace dos años. Además ella no tiene la llave de mi apartamento. Bueno, un despiste lo tiene cualquiera. Vamos a ver. Seguro que no apagué al salir.

Confieso que mientras Antonio manipulaba la cerradura yo me aparté ligeramente y me puse algo más cerca de la escalera por si había que salir jalandito. No se oía nada. Mi amigo pasó adentro pero yo remoloneé más de la cuenta de modo que pude oír, desde fuera, su primera exclamación.

—¡Hostia! ¿Qué es esto? ¡Parece un terremoto!

Durante un minuto o así le oí jurar y lamentarse. Entré cuando estuve segura de que no había nadie más en la casa. En el recibidor vi varios botijos rotos. Debían ser parte de la colección de cerámica extremeña que tantas veces mencionaba orgulloso el buen Antonio. El salón estaba revuelto, con un sofá patas arriba, libros por el suelo, la alfombra levantada, y armarios abiertos con la ropa desordenada. Un buen lío, sí señor. El dormitorio estaba por el estilo. Lo raro es que el saqueo también parecía haber llegado a la cocina. Yo estaba un poco asustada pero también tenía ganas de reírme. Pobre Antonio, pensé, esperando tanto tiempo para traerme aquí y ahora unos ladronzuelos le estropean la fiesta. Al verle examinando su propia desolación me cayó mejor, de verdad. Su expresión abatida y furiosa me gustó, así que me puse cariñosa.

---

Juan Antonio Ramírez (1948) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus publicaciones recientes destacan *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante* (Visor, La balsa de la Medusa, 1992), *Duchamp. El amor y la muerte, incluso* (Siruela, 1993) y *Ecosistema y explosión de las artes* (Anagrama, 1994).

M. Gómez Zia es pintor y restaurador. Vive y trabaja en El Escorial.

—Olvídate de todo esto. No pensarás ir a la policía ahora mismo, ¿verdad? Veo que han dejado libre al menos esta botella. ¿Me invitas a una copa o te la robo para invitarte yo a ti?

Busqué unos vasos, bebimos algo más de la cuenta e hicimos el amor entre los papeles tirados por el suelo, encima de la alfombra mal estirada. Recuerdo que me di algunos coscorrónes con el sofá volcado, pero no me importó mucho. Antonio tenía estilo, se notaba. No fue perfecto, pero podía destacarse entre los polvos chungos de aquella temporada. La verdad es que con la casa en aquel estado resultaba bastante original. Después nos quedamos adormilados. Un extraño ruido en la puerta nos despertó repentinamente.

—¡Eh! ¿Quién hay ahí? ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Fuera de aquí o disparo!

Antonio había cerrado el puño y con el dedo índice curvado parecía presionar sobre un gatillo imaginario. Ese truco infantil me hizo soltar una carcajada. El ladrón, o lo que fuera, se debió asustar más de mi risa que de la voz temblorosa de mi amigo y oímos estruendosas zancadas bajando a toda prisa los escalones de madera. A juzgar por el ruido eran dos o más. Estaba claro que, después de eso, no podíamos seguir allí. Descendimos al portal con mucha precaución, pero no tuvimos incidentes. Estaba lloviendo. Debían ser las dos o las tres de la mañana. En la calle desierta sólo se oía el débil chapoteo de las gotas cayendo sobre los charcos. Antonio tenía su viejo «Diane 6» aparcado en una calle paralela. Cuando logró ponerlo en marcha nos dimos cuenta de que se encendían los faros de otro vehículo, a unos doscientos metros detrás de nosotros. Arrancó al mismo tiempo que el diane.

—¿Has visto ese coche? —me preguntó Antonio—. Estaba parado ahí, como esperándonos, ¿no? Estoy empezando a mosquearme.

Miré hacia atrás. Al volver de nuevo la cabeza vi que mi amigo tenía los pelos de punta. Creía que eso se daba sólo en los personajes de los tebeos. Me hizo tanta gracia que empecé a reírme de nuevo. Bueno, aunque quería parecer tranquila, la verdad es que estaba poniéndome como un flan. Dije lo que no pensaba:

—No seas paranoico, tío. Ha dado la puñetera casualidad de que un coche arranca al mismo tiempo, eso es todo. Por que tú..., tú no estás metido en ningún lío, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —me respondió con cierta angustia.

—Hombre, no sé. Cuando hay drogas, política o esas cosas por medio...

—Pero Marta, tú me conoces de sobra y sabes que voy a lo mío y no me meto con nadie. Sí, lo mejor es que no me ponga nervioso. No te molesta que vayamos ahora a la comisaría, ¿eh?

Fuimos. Los faros del coche misterioso no se despegaron de nuestra espalda hasta que nos detuvimos frente al cuartelillo. Un policía con metralleta nos preguntó qué queríamos, el nombre, y luego nos señaló una sala de espera. Dos mujeres, frente a frente, se llamaban putas con una voz baja y rabiosa. Había un viejo llorando junto a un chaval de unos catorce años; los dos tenían la camisa y los pantalones manchados de sangre. Vi también un tipo, con gafas,

que leía un libro de Céline. Era una cosa que nos había recomendado el profesor de literatura de la Facultad. A mí me habría gustado hablar con él, pero no levantaba la vista del volumen. Bueno, había mucha más gente, pero eso no viene al caso. Pasaron un par de minutos. En el pasillo oímos una voz gangosa pero autoritaria.

—Martínez, ¿dónde está? Le tengo dicho que si venía lo pasara inmediatamente a mi despacho.

—Perdone, mi teniente, pero es que como venía con la chica no sabía que...

—¿La chica? ¿Qué chica?

Las voces penetraron en la sala de espera. El agente de la puerta venía acompañado de un hombre calvo, con un traje oscuro. Llevaba el típico bigotito recortado a lo Alfredo Mayo. No me sorprendió nada. Sí me extrañó, en cambio, que llamaran en seguida a Antonio. Entramos a una habitación con techos muy altos. Aunque no hacía mucho calor, pude ver un enorme ventilador suspendido, moviendo sus aspas lenta pero inexorablemente. El retrato del Rey colgaba de la mesa, en el centro de un rectángulo vertical, mucho más grande, que destacaba por su blancura relativa en el empapelado mugriento de la pared. Pensé que la efigie del Caudillo ocupaba ahora clandestinamente el honorable sitio de antaño. ¿Dónde lo escondería durante las horas de servicio? Sobre la mesa había un mástil pequeñito sosteniendo una banderita española. Otra, gigantesca, ocupaba el rincón, a la derecha de la butaca del inspector. Se presentó como el teniente Sebastián Cerezo. A mí me miró de arriba a abajo, como si fuera el regalo incomprensible que acompaña alguna adquisición. Antonio contó como pudo lo que había pasado. Un tipo insignificante, a la izquierda del policía, rellenaba la declaración con una enorme máquina de escribir.

—Dice usted que todo estaba revuelto, pero que no ha echado en falta ninguno de sus efectos personales. ¿No le parece un poco extraño?

El policía carraspeó y luego sacó una cajetilla de Ducados. Me pidió permiso para fumar. Yo le contesté sacando mi paquete de Fortuna y preguntándole:

—¿No le importa a usted que fume, señor inspector?

Frunció el entrecejo y asintió con una sonrisa forzada. Me pareció una mueca muy fea. Continuó su interrogatorio.

—Lo que quiero decir, señor... —miró descaradamente una hoja que tenía sobre su mesa y continuó— ... señor Huerga es que...

—Huelma —corrigió Antonio—. Me llamo Huelma.

—Gracias. No se ofenda, pero todo esto no se explica a menos que se trate de algún asunto turbio. Una venganza, algún ajuste de cuentas, usted ya me entiende...

—No, no le entiendo. Nadie tiene cuentas que ajustar conmigo. Yo he venido aquí a denunciar un atropello, no a que me acusen de un modo gratuito.

Antonio se estaba poniendo nervioso. Mientras hablaba, el policía corregía tan tranquilo el error de apellido que, al parecer, figuraba en su papel. Sus la-

bios se movieron ligeramente pronunciando para sus adentros la palabra «Huelma».

—No se excite, joven —respondió—. Nadie le está acusando, pero mi obligación es esclarecer asuntos mucho peores que éste. Perdón pero ¿qué hacía usted en su domicilio con la señorita..., la señorita...?

Me miró descaradamente.

—Marta Greco —respondí yo—. No creo que esto sea asunto de su incumbencia. En todo caso, no tiene nada que ver con el objeto de la denuncia.

El poli se puso rojo y luego morado. Se me ocurrió que si reventaba moriríamos apestados. Afortunadamente no lo hizo. Sólo gritó.

—¡Estoy harto de degenerados! ¿Me oye? ¡Sí, claro, este es un país libre y cada uno hace lo que quiere! ¡Viva la democracia! Primero se montan una juer-ga por todo lo alto, beben, se drogan, rompen los muebles, tiran los papeles. ¡Qué divertido! Y después a la policía a que les resuelva el caso. ¿Se han creído que somos gilipollas?

Pensé que se había vuelto loco, pero la mirada indiferente del esbirro que tenía a su lado me hizo pensar que aquello podía ser habitual. Bueno, no quiero aburrir con todos los pormenores de aquella triste conversación. El tío se serenó pronto y, muy suavemente, pidió disculpas. Dijo que decía aquellas cosas para poner a prueba a los denunciantes, pero que en seguida se había dado cuenta de que nosotros éramos gente legal. Preguntó algunas cosas de nuestro trabajo. Antonio habló de la editorial. Los ojos del comisario brillaron ligeramente.

—¿Cómo ha dicho que se llama su editorial?

—No lo he dicho. Se llama Ediciones Liberales y no es mía. Pertenece a un holding internacional con capital norteamericano. Yo sólo soy un corrector de pruebas...

Dudo que oyera la última parte de la respuesta de Antonio, pues dirigiéndose a su lacayo dijo muy autoritario:

—Apúntalo bien, López, «Ediciones Li-be-ra-les».

Yo tuve que decirle que estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma y asintió con una beatífica sonrisa cuando afirmé que vivía con mis padres. Meneaba suavemente la cabeza como un cura de los años cincuenta. La denuncia estaba redactada en términos muy correctos y Antonio la firmó. Le temblaba la mano. Yo estaba tan cabreada que no podía ni hablar. El teniente Cerezo nos acompañó a la salida diciéndonos que no nos preocupáramos, que el asunto estaba en buenas manos. Por supuesto, si algo volvía a suceder, debíamos comunicárselo inmediatamente. «¿Me oyen? Inmediatamente.» Tuve que estrecharle la mano. Pringaba. Me la estuve limpiando con un kleenex durante media hora, mientras me desahogaba, en el coche, con el pobre Antonio. Conducía bajo la lluvia sin saber a dónde ir. No quería preguntarle nada. Cuando pasó un buen rato dije que no me apetecía volver a mi casa. Además, era tan tarde ya, que parecía mejor esperar al amanecer. Había que pensar un poco. A



Ilustración de M. Gómez Zia.

fin de cuentas no era para tanto, y solté la famosa originalidad de «mañana será otro día».

Amanecimos cerca de Chamartín. Me acordé de mi amiga Mercedes, que vivía por allí cerca, y le pedí a Antonio que me llevara. Mercedes compartía el piso con otras dos amigas que estudiaban Derecho y Medicina. Me abrieron de mal humor porque era todavía muy temprano para ir a clase. Conté algo de lo sucedido y luego llamé a mis padres para decirles que había estado estudiando en casa de Mercedes, que no se preocuparan, que me iba a clase y que volvería a casa a la hora de comer. Antonio se marchó cabizbajo a la Editorial y nosotras cogimos el tren para Cantoblanco. El día amaneció muy bueno. En casi todos los árboles habían brotado ya las hojas. Entre la hierba del campus había muchas florecillas. Yo sentía sueño y una inexplicable felicidad. Me reía para mí misma cuando pensaba en Antonio con su pistola imaginaria, o en sus graciosos pelos de punta cuando agarraba el volante del Diane. Fuimos a la cafetería del pabellón B. Mientras desayunábamos le dije a Mercedes que me gustaría enamorarme de verdad aquella primavera. Hablando y hablando pasó la hora de las dos primeras clases.

—¡Qué horror! Se nos está yendo la mañana casi sin darnos cuenta —dijo mi amiga mirando su reloj.

—Ay no —respondí—. Es delicioso estar aquí, contigo, charlando de la vida y del amor. Mercedes, no tendremos más *esta* primavera. Recuerda la «Ballade des dames du temps jadis». ¡Ay!, «Mais ou sont les neiges d'antan?»

—No seas pedante, anda, y resérvate las citas para el examen de literatura francesa. Vamos a hacer algo. ¿Por qué no nos metemos en esa conferencia que anuncian ahí? Es de arte. Pondrán diapositivas y, por lo menos, pasaremos bien el rato.

Según el cartel hablaría un tal John F. Moffitt, de la Universidad de New México. La sala estaba medio llena. Presentó al conferenciante un profesor de historia del arte, con gafas, que parecía una caricatura de Woody Allen y de Adriano Celentano. No me enteré de casi nada de lo que dijo, pero me hizo mucha gracia y tuve que contenerme para no soltar la carcajada. Una cosa me llamó la atención: el americano aquel, al parecer, había escrito un libro demostrando que la Dama de Elche era una escultura falsa. El libro estaba siendo traducido al castellano y pronto vería la luz en una editorial comercial. Pero el conferenciante no habló de eso, sino de unas pinturas de Goya, muy negras, que no pegaban nada con el sol. maravilloso que había fuera. Me estaba quedando dormida y Mercedes me dio un codazo.

—Eh, mira con disimulo, dos filas detrás de ti. ¿Te acuerdas todavía de él?

Era Gonzalo Herreros, el profesor ayudante de Historia Antigua. Yo estuve saliendo con él una temporada, pero de eso hacía ya dos o tres años. Parecía cambiadísimo, con el pelo engominado y aquella chaqueta posmoderna. Me sonrió y, bueno, lo cortés no quita lo valiente, hice lo mismo y esboqué un tímido saludo con la mano. Cuando acabó la conferencia se acercó a nosotras y preguntó qué tal va esa vida, etcétera, etcétera. Le vi más guapo. Luego hablamos un poco del conferenciante.

—Está loco —aseguró Gonzalo—. ¿A quién se le ocurre pretender probar ahora que la Dama de Elche es falsa? Eso sí, simpático es, lo reconozco. ¿Queréis que os lo presente?

Yo dije que bueno, y nos acercamos. Qué tipo más raro. Parecía una mezcla de Hemingway y de campesino de Soria, con ramalazos de gurú jipi de San Francisco. Le pregunté cómo era posible que nadie se hubiese dado cuenta, hasta ahora, de aquella falsificación.

—Bueno —respondió—, ahí está todo en un librote policiesco que he escrito. ¿Se dice policiesco?

—Policíaco —dijo el Woody Allen disfrazado de profesor que había a su lado—. Ya veréis, os vais a divertir cuando salga. Pero no vayáis a pensar que es una novela o algo por el estilo. Se trata de una obra académica muy rigurosa, lo cual no excluye la amenidad. Yo diría que se trata de un género nuevo...

Allí todos se enrollaban como las persianas. Fuimos al bar y estuvimos tomando unos vinos. Ya sólo se hablaba de cachondeo. El profesor de arte español le preguntó al yanqui:

—Jack, ¿es la Dama de Elche la madre simbólica de todas las españolas?

—Sí, tiene que serlo —respondió—. Franco se la cambió al Mariscal Petain por pinturas de grande importancia. Franco se trajo del Museo del Louvre el origen mitológico de España, la esencia de la España eterna.

—¿Sabías —terció Gonzalo— que, según una famosa canción, «la española cuando besa // es que besa de verdad // y a ninguna le interesa // besar por frivolidad»? Y ahora dime, si la madre mítica de la española es falsa, ¿lo serán también las hijas? ¿No supondrá tu libro, Jack, una apuesta por la frivolidad?

Gonzalo me miró a mí más que al americano. Yo sabía por qué. Afortunadamente, el tono zumbón de la pregunta permitía suponer un olvido relativo de nuestras pasadas trifulcas. Moffitt se reía.

—Ja, ja, ja... Sí, a mí me gustan más las chicas que no dicen la verdad de qué grande feo yo soy. Ja, ja...

Cuando nos íbamos del bar oí al Woody Allen-Celentano hablar en inglés con el visitante ilustre. No me enteré de todo, pero parece que el español no podía devolver la copia mecanográfica de «La Dama» porque no la encontraba.

—It was in my desk, I am certain.

—Do you think someone stole it?

—Why? There is no reason. Perhaps it is in my home. We'll see...

No pude oír el resto. Gonzalo me cogió del hombro con simpatía y dijo suavemente:

—Tenemos que quedar un día de éstos. Enterremos a la vieja Dama y al no menos viejo Guerrero.

—¿Por qué? —repliqué sin pensarlo—. No enterremos nada. Descubramos, simplemente, que la vieja Dama era falsa. ¿Y el Guerrero?

Gonzalo palideció. Prometimos llamarnos nuevamente. Teníamos que hablar. Cogí el tren y volví a casa de mis viejos.



Intenté contener el rapapolvos de mi padre diciéndole que el teléfono de Mercedes se había estropeado. De todos modos estaban medio acostumbrados a cosas parecidas. Cuando al ambiente se serenó un poco llamó Antonio. Quería verme. Había «novedades» y, según él, necesitaba mi consejo. Notamos unos ruidos raros en el teléfono pero pudimos oírnos lo suficiente y quedamos en el café Comercial. Mi amigo estaba sentado en el asiento corrido del fondo. En la mesa de su derecha, una pareja miraba los apuntes de una carpeta. A la izquierda un tipo, con una chaqueta de espiguilla, tenía la cara medio cubierta por un ejemplar de *El País*. Antonio me lo soltó de sopetón:

—Me han registrado el coche. También, en la editorial, han removido los cajones de mi mesa.

—¿Te han quitado algo?

—No lo sé. No creo. Tengo la impresión de que buscan... no sé. Cualquiera adivina lo que puede ser.

Antonio miró de reojo a derecha e izquierda. Bajó la voz. El tipo de *El País* se removió y tuve la impresión de que, simulando un cambio de páginas, se acercaba un poco más hacia nosotros. Entonces le vi la cara. Tenía una barba negra, muy recortada. A su lado, en el asiento, había una gabardina beige con otro periódico doblado medio metido en un bolsillo. Reconocí la cabecera y la tipografía de *El Alcázar*. Señalé a Antonio este descubrimiento con una mirada significativa. Hablamos entonces del tiempo y nos marchamos en seguida. Damos una vuelta a la manzana y luego volvimos al café. El tipo de los dos periódicos seguía sentado en la misma mesa, pero no estaba solo. Frente a él, de espaldas al salón, había otro individuo con aspecto joven. Llevaba una chaqueta posmoderna igual que la de Gonzalo. ¿Era él? No le dije nada a Antonio y traté de quitar hierro.

—No creo que ese barbudo tenga nada que ver con el asunto. Sí, podría ser un policía, pero ¿por qué no un periodista?

—¿Periodista de *El País* o periodista de *El Alcázar*? —preguntó Antonio con sorna.

—De los dos, ¿qué mas da? ¡Te estás poniendo histérico! —repliqué yo simulando rabia.

Decidimos que lo mejor era hablar en el coche y bajamos a buscarlo al aparcamiento subterráneo. Antonio no recordaba bien dónde lo había dejado, así que empezamos a dar vueltas entre las filas de automóviles. Parecían extraños animales durmiendo en la penumbra de aquellos sótanos. O muertos, en silenciosas catacumbas. Un hombre alto, con cazadora de cuero, estaba junto al Diane. Dejó algo en el limpiaparabrisas y, cuando nos divisó a lo lejos, echó a correr. Antonio lo cogió temblando. Yo, siguiendo mi costumbre, me había quedado un poco retrasada. Era un sobre y no parecía tener nada peligroso. Salimos de allí. Cerca ya de la Plaza de Colón nos decidimos a abrirlo. Había una nota escrita a máquina y dos billetes de ferrocarril. El escrito decía:

«Señor Huelma, está usted perfectamente controlado, pero no se asuste. Nuestra misión es estrictamente patriótica. Si sigue nuestras instrucciones no

le pasará nada. Si las desobedece pasaremos a la acción. Utilice estos billetes de tren. Son de ida y vuelta. Es imprescindible este pequeño viaje para que podamos mantener una entrevista provechosa. Le estaremos esperando en la estación de destino.»

El billete, una litera hasta Linares-Baeza, era para el día siguiente por la noche.

—No voy —dijo Antonio—. Esto debe ser una trampa. Ahora mismo le cuento todo al teniente del bigotito.

—¿Seguro? —pregunté yo—. ¿No habrá sacado los billetes él personalmente?

Me convencí irracionalmente de que aquel viaje era la única solución. No se perdía gran cosa. En todo caso, ¿a dónde iba a ir si no Antonio con garantías de una mínima tranquilidad? Bueno, la verdad es que aquello me excitaba. Casi tenía gracia. Era como una película de espías, pero sin muertos ni nada de eso. Me había entrado tanta curiosidad que tracé mi propio plan. Utilicé mis trucos para convencer a Antonio, y llegué a decir que le quería, creo, mientras repetíamos lo mejor del día precedente. Me prometió que cogería el maldito tren. Yo necesitaba algún dinero, y como no podía pedirselo a nadie sin dar explicaciones, recurrí al sistema de la esquinilla ocasional. No era la primera vez que lo hacía, desde luego. En unas horas saqué lo suficiente. Pedí prestada a Mercedes su peluca rubia y le di instrucciones por si llamaban mis padres. Había que simular otra escapada momentánea, una especie de represalia por la injusta regañina del día anterior.

Creo que mi disfraz fue convincente. Vi a Antonio, de lejos, en el andén. Fumaba mucho y no me reconoció. Yo iba ahora en plan rubia explosiva. Subí a un vagón de primera. Las tonterías que me dijo un revisor me dieron seguridad. Sonreí con picardía y le di suavemente con el bolso en las narices: parece que nadie dudaría del carácter «profesional» de mi viaje. Las luces de Madrid empezaron a quedarse atrás. No me atrevía a acercarme a los vagones de literas y me decidí por el bar. Pedí una cerveza. Había varios soldados con destino Córdoba. Un tipo gordo, con pinta de viajante de salchichón pamplonica, no me quitaba el ojo de encima. Evidentemente, dudaba antes de acercarse. Por si acaso, decidí marcharme del bar. En ese momento entraban ellos. Me refiero al tipo de la barba recortada que habíamos visto en el café Comercial. Ahora sí iba con Gonzalo. Era él, no cabía duda. Me miraron con los mismos ojos del pamplonica y de ahí deduje que no me habían reconocido. Mi corazón latía con fuerza y casi temí que me fuera a delatar. ¿Otra coincidencia? ¿Qué pinta-ba Gonzalo en todo ese asunto? Y, sobre todo, ¿cuál era el asunto? Comprenderéis que no tenía elección, así que, tras una corta vuelta de disimulo, volví de nuevo al bar. Otra cerveza. Ahora era yo quien trataba de escuchar. Saqué un pitillo. Desgraciadamente el gordo aquel y Gonzalo encendieron sus mecheros antes que yo.

—Gracias —dije con voz aguardentosa. Cogí las manos de los dos, junté las llamas y encendí mi cigarrillo. Temblaba. Pensé que Gonzalo me reconocería, pero no lo hizo. Los ojos del viajante (o lo que fuera) echaron chispas cuando

miraron a su «hermano de llama». Luego, con poco disimulo, le pegó un codazo. Empezaron a discutir. El gordo dijo que él me había visto primero y no sé cuántas estupideces más. Entonces el de la barba sacó un carnet del bolsillo y dijo:

—Policía. A ver, documentación.

El pamplonica se desinfló. Yo me puse a temblar, pero un guiño significativo de la autoridad me vino a comunicar: «No te preocupes, nena, ya sé que tú eres *legal*.» Cuando el gordo se fue, lo dijo en voz alta. Tal cual.

—No te preocupes, nena, ya sé que tú eres legal.

Respiré momentáneamente, pero ahí empezó lo peor. Gonzalo y su acompañante bebieron de lo lindo y empezaron a ponerse pulpos. Yo estaba muy preocupada, con cuidado para que no me tocaran la peluca, ni se me cayeran las pestañas postizas. Propusieron pedirle al revisor un apartamento vacío, pero abandonaron en seguida la idea. El de la barba dijo:

—No podemos perder de vista al pollo ése. Además, Linares-Baeza va a llegar en seguida.

Yo estaba furiosa. El cerdo de Gonzalo, manoseando a una furcia. ¿O se había dado cuenta de mi disfraz y disimulaba como yo? Y si era así, ¿lo hacía para engañarme o para seguir mi juego y traicionar al policía? Al cabo de un buen rato me propusieron dar un paseo por el tren. Sabía que iríamos hacia el compartimento de Antonio y acepté. Todas las ventanillas estaban cerradas. Llovía de nuevo. Al ver las gotas exteriores resbalar por los cristales sentí una tenue melancolía. Creo que tenía sueño. Lo que vi me despertó. En medio del pasillo desierto Antonio, de pie, besaba a una chica.

—¡Vaya! —dijo el policía—. Este tío no pierde el tiempo. ¡Qué rapidez! El otro día también estaba con otra en el piso, je, je, je...

Gonzalo se rió también. Yo miré de nuevo, sin verlas, las gotas de lluvia golpeando en el cristal. No me hacía gracia. Pedimos paso y dejaron de besarse. Antonio tampoco me reconoció. Podrá haberme olido al menos, ¿no? Me pareció tan perfecto el disfraz que me pregunté entonces por mi verdadero yo. ¿Era una estudiante que se disfrazaba de furcia para echar una mano a un amigo, o era una fulana que se vestía de estudiante en los ratos libres?

Pasaron, tal vez, un par de horas más. Habíamos atravesado Despeñaperros. El tren se paró y sonó una campanilla. Procuré pisar tierra en Linares-Baeza con el pie derecho. El poli y Gonzalo ya habían bajado. Era todavía de noche pero ya no llovía. La estación estaba vacía. Había un aroma penetrante de jazmines o azahar; también olía intensamente a olivas partidas y a tierra mojada. Pasaron unos minutos pero Antonio no descendía. ¿Qué pasaba? El tren volvió a arrancar, lentamente primero, luego más deprisa, No pude evitarlo y corrí por el andén gritando sin darme cuenta:

—¡Antonio! ¡Antonio! ¡Esto es Linares-Baeza! ¡Tienes que bajarte aquí!

¿Para qué quería ya la peluca? Gonzalo y el de la barba oyeron mis gritos hasta que el tren se perdió en la oscuridad de la madrugada. El poli se me acercó.

—Así es que tú eres también otra amiguita de ése, ¿eh? ¿Por qué no ha bajado?



Ilustración de M. Gómez Zia.

Me enconguí de hombros. La situación me pareció de pronto muy divertida, así que me dio por reír. Gonzalo pasó unos minutos boquiabierto y silencioso. Luego pareció reponerse y dijo con una ironía que sólo yo podía percibir:

—Vaya, vaya, de modo que esta «dama» era una compinche del editor. ¡Quién lo iba a decir! Nunca pensé, al verla en el tren, que tuviera algún interés por la cultura...

Los tres estábamos desconcertados. Yo no sabía por qué estaba allí, en una estación ferroviaria perdida en el campo andaluz, y los otros dos no se explicaban por qué había bajado yo y Antonio no. Al final, parece que aceptaron la sustitución como algo natural, me vendaron los ojos y me metieron en un coche. El camino parecía llano al principio, luego tenía muchas curvas, después baches, luego cuestas... Yo olía la tierra mojada y sentía el cuerpo tibio de Gonzalo, a mi lado, diciéndome sin hablar que no me preocupara, que todo aquello era un juego que acabaría en un beso prolongado, ¿o no? El coche se paró. Cuando me quitaron la venda el sol se levantaba detrás de un olivar. Estábamos ante una casa de campo bien encalada. Vi una higuera, un pozo, macetas de geranios, claveles, y varias gallinas picoteando por los alrededores. Un perro ladró escandalosamente.

—¡Quieto León! —gritó una voz masculina desde el portal.

Salió un hombre de mediana edad con chaqueta de pana y una escopeta de dos cañones en la espalda. Pensé que sería el guarda o algo por el estilo. El poli le dijo:

—Somos nosotros, Emilio, ¿dónde está don Lorenzo?

—Está esperando en la biblioteca. Me ha dicho que entren en cuanto lleguen.

Pasamos al zaguán. En las paredes había cuadros antiguos. Luego torcimos por un pasillo lateral, atravesamos varias puertas, y desembocamos en una habitación amplia y luminosa. Las paredes estaban cubiertas por estanterías de madera oscura, repletas de libros. Al fondo, detrás de una mesa, un hombre, con el pelo y mostacho canosos, se había puesto en pie. Tenía un cierto aire militar. A mí me pareció que no encajaba bien en aquel lugar. Primero saludó con firme cortesía y luego preguntó:

—¿Dónde..., dónde está?

—Bueno, don Lorenzo... —balbuceó el policía—. Hemos tenido una complicación. El tipo que esperábamos iba en el tren, pero no ha bajado en la estación. A estas horas puede estar tal vez en Málaga. Hemos traído a esta chica que iba con él. Se encontraba en su piso la otra noche y le acompañó a la Comisaría. Ya sabe...

El caballero del mostacho contuvo su evidente cólera y no perdió compostura ni amabilidad.

—Así que usted, señorita, está perfectamente enterada de todo este asunto y...

¿Qué podía decir? No, no tenía idea del asunto. Con una leve sonrisa me indicó que no me creía y que podía ahorrarme cualquier falsa indignación. A

decir verdad, no estaba enfadada. Mi curiosidad era tan grande, tenía tantas ganas de preguntar, que temí echarlo todo a perder y acabar sin saber nada. Sonreí abiertamente y los otros tres me imitaron.

—Así está mejor —dijo el tal don Lorenzo—. Creo, señorita, que debemos ir al grano. Estamos buscando el ejemplar de su... de su novio Antonio.

Me puse colorada. Por lo de *novio*, naturalmente, pues del resto seguía sin tener ni idea. Respondí poco menos que al azar.

—Bueno, en primer lugar, Antonio Huelma no es mi novio, es sólo un amigo. Y en segundo lugar..., ¿para qué quiere ese ejemplar?

—Seamos francos —respondió con voz autoritaria—. Esa obra no se debe publicar y no se va a publicar. Voy a enseñarle algo. Sígame, por favor.

Se levantó. Por un bamboleo inesperado hacia el costado derecho supuse que se caía. Me adelanté instintivamente, como para sostenerlo, pero él fue más veloz en buscar el apoyo de un bastón y erguirse completamente. Cojeaba de un modo ostentoso. Murmuró entre dientes una explicación:

—Gracias, no se preocupe. Un pequeño incidente, hace ya mucho tiempo. ¿Ha oído hablar de Brunete?

Se acercó a un cuadro colgado en la pared. Era un bodegón muy oscuro que representaba a una calavera entre libros polvorientos. Un jarro de cristal transparente contenía algunas flores, completamente secas.

—¿Le gusta la pintura? —me preguntó el mutilado—. Es una «vanitas» del siglo diecisiete. Pero no es eso lo que quiero enseñarle.

Levantó el cuadro. Detrás, como en las películas, había una caja fuerte. Manipuló en ella, la abrió, y sacó tres volúmenes de fotocopias, pobremente encuadernadas. Me los entregó. Eran idénticos.

Leía la portada del primero: «John F. Moffitt. *In Pursuit of the Lady of Elche: A Detective Story in Early Iberan Art and Archaeology.*» Mi sorpresa fue mayúscula. Miré a Gonzalo, pero sólo vi una cara inexpresiva. El anciano fue más explícito.

—Aquí están *casi* todas las copias españolas de ese libro absurdo. No nos pregunte cómo las hemos conseguido porque no tiene mucho mérito. En realidad ha sido bastante fácil. Sólo nos falta la de su... su amigo. ¿Está usted autorizada para hacer un trato?

Empezaba a comprender. Gonzalo, en la Facultad, podía haber cogido la copia de aquel profesor de arte, pero en el caso de que Antonio poseyera otra yo no sabía, desde luego, dónde podía haberla escondido. Esto no lo dije. Quería saber más.

—Perdone, pero no veo por qué tanto interés en impedir que ese libro salga a la luz. A fin de cuentas —añadí— se publican muchos libros malos...

—Pero no tan dañinos como éste —atajó el cojo con sequedad—. Piénselo por un momento. Destruir el significado de la Dama de Elche es atacar un símbolo importante de España. Los pueblos necesitan himnos y banderas. Y también raíces, emblemas culturales. Si un extranjero nos dice que la Dama de

Elche es una falsificación del siglo diecinueve, ¿dónde anclaremos nuestra protohistoria?

En aquel momento *sí* me sentí como hija legítima de la Dama: petrificada. Diablos, lo que había oído en broma en el bar de la Facultad, lo estaba repitiendo en serio aquel adusto excombatiente. Si no fuera porque las estatuas no se ríen, lo habría hecho de buena gana.

—Debe usted considerar —continuó— la coincidencia de las fechas. La Dama de Elche fue descubierta casi al mismo tiempo que el desastre del noventa y ocho. Es un movimiento lógico: lo que entonces perdimos los españoles en extensión lo ganamos, gracias a la Dama, en intensidad intrahistórica. Y ahora, piense quién viene de nuevo a destruirnos. ¡Un yanqui! No se conformaron con Cuba y Filipinas. Sueñan con nuestra aniquilación. Créame, señorita, es mejor que usted y su amigo nos den el ejemplar que quieren publicar. Renuncien al proyecto. Nosotros, en fin, estaríamos dispuestos a compensar... Quiero decir que podemos llegar a un acuerdo económico satisfactorio. ¿Qué me responde?

¿Y qué podía responder? Como conocía la línea temática de las Ediciones Liberales, me extrañaba mucho que quisieran publicar un libro sobre cualquier aspecto relacionado con la Dama de Elche. Dije vaguedades. El viejo insistió en los mismos argumentos. Debí pensar que me resistía porque quería sacar más dinero, o tal vez por razones ideológicas. Al cabo de un breve escarceo verbal, cambió repentinamente de tema y dijo suavemente:

—Venga, por favor. Quiero enseñarle mis colecciones arqueológicas. Salimos de la casa y atravesamos unos cien metros de olivar. Entramos a lo que parecía un almacén de labranza, custodiado por varios perros y protegido por una valla poderosa. El interior estaba lleno de vitrinas y anaqueles.

—Observe —me dijo— aquellas puntas de flecha neolíticas. Ese armamento alcanzó en España una perfección superior a la de cualquier otro lugar de Europa.

Me mostró algunas cosas más. El comentario resultaba siempre muy parecido: los bronce hispanorromanos eran mejores que los galos, la cerámica ibérica más expresiva que la de la Grecia arcaica, las fibulas celtas españolas incomparablemente más graciosas que las de Irlanda o Normandía. Así, hasta que se paró ante un cortinaje de terciopelo verdoso.

—Espero —añadió con énfasis teatral— que le interese lo que hay detrás. Tiró de un cordelito y se abrió el telón. Sobre una peana rectangular estaba la Dama de Elche. Repetida. Eran dos, lo juro, idénticas entre sí. Yo no estaba borracha. Las pequeñas irregularidades de la piedra, los tenues restos de pintura... en todo eran absolutamente semejantes.

—Un buen trabajo, ¿verdad? ¿Podría usted adivinar cuál es la verdadera y cuál es la falsa? Es más —continuó con seguridad—, ¿qué dirían los «especialistas» si las pusiéramos junto a la que hay expuesta en el Museo Arqueológico Nacional? ¿Cómo reconocerían el original? Y ahora, señorita, le voy a hacer una revelación. Habíamos temido que algo así pasaría, que la democracia ju-

deo-liberal intentaría destruir a España una vez más. Previendo esto, ¿cree usted que, a la muerte del Caudillo, íbamos a dejar en el Museo a la Dama de verdad?

Mientras decía esto último, un teléfono había empezado a sonar. Lo cogió el policía.

—Sí... Sí..., está aquí. Don Lorenzo, es muy urgente —dijo volviéndose hacia nosotros—. Le llaman desde Madrid, ya sabe a quién me refiero.

El anciano se puso al aparato. Todos nos callamos, escuchando sin disimulo la mitad de aquella conversación.

—Camarada Lorenzo... ¿Qué pasa?... Sí... ¿Cómo?... ¡Pues claro que no es lo mismo «liberales» que «libertarias»! ¿A qué viene eso ahora?... ¡El error es vuestro, imbéciles! Mi pierna distingue bien, desde la guerra, quiénes son los libertarios... ¡Esto es el colmo! ¡Qué pandilla de imbéciles! ¡No! ¡No es una excusa el parecido de los hombres!... Sí... La chica... ¿Que nos ha traicionado Perales? No... No es necesario contactar con nadie en Málaga... ¡Déjalo todo en mis manos! No hagas nada, ¿me oyes? ¡Nada! Te llamaré luego.

Colgó. Tenía una expresión sombría. Sus ojos, repentinamente acerados, parecían lanzar cuchilladas asesinas al policía. La cara bobalicona de éste demostró, sin embargo, que no le habían herido. La voz del anciano, al hablarme, era cansada y dura.

—Lo siento señorita. Parece que los nuestros se han confundido de nombre y de editorial. Creo, en efecto, que ni su... ni su amigo ni usted tienen la otra copia de ese libro. Créame que lo siento. Esto es... es otra derrota.

El sonido se hizo ronco, casi inaudible. Me pareció que cojeaba todavía más mientras caminábamos, nuevamente, desde su museo hasta la casa. Dijo todavía, con esa voz patética que imaginamos en los héroes de opereta:

—Lo más duro de soportar es la incompetencia de muchos camaradas, su cobardía y mediocridad. Algún día, señorita, lo comprenderá. La auténtica España se esfuma, se hunde en la anarquía. ¿Cómo reconocer, en este caso, quiénes son los nuestros de verdad?

Pensé en su fábrica de damas de Elche, o en la de quien fuera y, esta vez sí, no pude aguantar la carcajada.

—Perdóneme —le dije cuando paré de reírme—, ¿por qué no regala una Dama de Elche auténticamente falsa o falsamente auténtica al museo nacional de cada autonomía?

Me arrepentí en seguida de mi osadía y, por un momento, temí que me fueran a matar. Afortunadamente no pasó nada. Noté un brillo acuoso en los ojos del mutilado y, rápidamente, desapareció. Me volvieron a poner la venda. El coche circuló por caminos y carreteras sin nombre. Yo notaba los mismos olores que a la llegada. A veces me llegaban vaharadas de pan recién cocido o de migas con aceite de oliva. Me di cuenta de que tenía mucha hambre y mucho sueño. Me dormí sobre el hombro de Gonzalo.

Cuando desperté estaba en el asiento trasero de otro coche. Ya no tenía los ojos vendados. Gonzalo conducía.



—¿Y el policía de la barba? —pregunté.

—¿El que iba conmigo? Cualquiera sabe si es o no es policía. Ha desaparecido. Como ves, me han dado mi coche y nos han dejado marchar.

—¿Nos han dejado? ¿También estabas tú secuestrado?

—Bueno, casi. Yo me metí en esto por razones profesionales. Si ese libro del americano se publica antes de que yo presente mi tesis doctoral, me echa por tierra cinco años de trabajo. Ya la tengo acabada y pienso leerla dentro de tres meses. El curso que viene me sacan una plaza de profesor titular. Como puedes comprender, es mi oportunidad. No la puedo desaprovechar. El caso es que yo he cumplido con mi trabajo. Le he traído al loco ese la copia que tenía en su despacho el profesor Ramírez. Espero que ellos hagan su parte.

Sonreí. Gonzalo me pareció entonces un tramposo encantador. Comimos en el Hostal Juanito de Baeza. Yo bebí bastante y rocé, bajo la mesa, mis piernas con las suyas, ¿para qué disimular? Pedimos una habitación, hicimos el amor, dormimos, hicimos el amor, dormimos... ¿De verdad o soñando? ¿Verdadero o falso? A la mañana siguiente regresamos a Madrid.

Los cabos sueltos de este asunto fueron fáciles de aclarar. En un pasillo de la Facultad vi al profesor Ramírez y le pregunté, como estudiante inocente, qué editorial iba a publicar la obra de John F. Moffitt.

—Ediciones libertarias —dijo.

—¿Cómo se llama el editor? Es una simple curiosidad —volví a preguntar.

—Vaya. A ver si me acuerdo. ¡Ah, sí! Antonio... Antonio Huerga, eso es. Pero ese dato no es necesario. Cuando salga «La Dama» basta con que le digas al librero que lo publica Ediciones Libertarias.

Guiñé un ojo y le di las gracias. Ese mismo día me llamó «mi amigo» Antonio Huelma. Quedamos para dar una vuelta. Me dijo que llegó a Linares-Baeza pero nadie le estaba esperando. Sin duda, todo había sido una broma. Yo le di la razón: había sido una broma, seguro. Valiente cuentista. Llevaba la camisa muy abotonada pero no podía tapar del todo un moratón muy significativo en su cuello. Me hizo gracia y me dieron ganas de morderle suavemente allí, en el mismo lugar que la otra. Se resistió un poco pero lo conseguí. Su casa ya estaba ordenada y, como nos habíamos estado entrenando por separado, la cosa salió mucho mejor.

Al domingo siguiente fui al Museo Arqueológico Nacional. La Dama de Elche estaba en su peana, sonriéndome suavemente. La muy zorra, ¿o era yo quién la sonreía a ella? ¿Verdadera o falsa? Allí, sentada en una banca, me reí tanto que me dolió el estómago cuando me quise levantar.